

COLOMBIA, CONFLICTO Y CULPA METAFÍSICA DESDE
RODOLFO ARANGO.
Elison Doneis Veloza⁵⁴

⁵⁴Estudiante de sexto semestre de filosofía en la Universidad del Quindío, Armenia.
Veloza1990@hotmail.com.

Resumen.

Este texto se enfoca en la culpa y la responsabilidad, conceptos que se desarrollan en tres momentos. Primero, con Karl Jaspers se distinguen cuatro estadios de la culpa, que servirán de base para entender el sentimiento de rechazo y vergüenza que una sociedad siente por sus acciones u omisiones en el marco de una guerra o de conflicto. Segundo, con el filósofo Rodolfo Arango se demostrará cómo esos sentimientos reconocidos ya por Jaspers pueden estar presentes en el contexto colombiano. Además, en esta parte se evidencia la importancia de una responsabilidad aceptada colectivamente que permita a los colombianos apropiarse de su historia.

Palabras Clave.

Colombia, Conflicto, Culpa, Responsabilidad, Metafísica.

Abstract.

This paper focuses on Blame and Responsibility; concepts that are developed in three moments. First of all, four stages of blame are distinguished with Karl Jaspers. Those stages are fundamental to understand the feelings of rejection and shame that a society has because of its actions or omissions during a war or a conflict. In second place, supported by the philosopher Rodolfo Arango, the text shows how these feelings –already recognized by Jaspers– may be present in Colombian context. Also, in this part is evident the importance of a responsibility accepted collectively that enable Colombians to make the history theirs. As a conclusion, this paper makes a summary in order to reinforce one of the meanings of blame and the collective responsibility. It will be useful for the construction of a new society and of the people.

Keywords.

Colombia, Conflict, Blame, responsibility, Metaphysics.

Introducción.

El contexto de Alemania nazi a inicios del siglo pasado fue una barbarie. La escalada mundial que pretendía alcanzar el régimen exigía que toda la población alemana trabajara en su favor. Sin embargo, muchos de ellos no sostuvieron relación directa con la guerra, sino detrás de un escritorio -por ejemplo, como lo permite Jaspers (1998)- haciendo las mismas cosas que en su vida común hacían. Por supuesto, esto no los eximia de la culpa y la vergüenza que justo después de terminada la guerra, el mundo y las generaciones alemanas futuras les hicieron sentir. Colombia, con sus 50 años de conflicto y una historia cultural de no repetir, se satura de políticas viciadas que si bien no representa la totalidad de la población, no por esto las libraré de la culpa y la vergüenza ante el mundo y las generaciones venideras por permitir una nación en crisis. En este sentido, lo que se pretende en este ensayo es mostrar cómo no caer en la misma situación alemana, y en lo sucesivo, librarnos de aquella culpa y vergüenza, de lo que se pudo hacer y no se hizo.

I

Cuando no hay cabida para el diálogo, es la violencia quien decide qué pasará⁵⁵. Un estado de guerra parece ser el desarrollo eventual y casi necesario de alguna particularidad primigenia del hombre. Parece ser que, una vez agotadas las posibilidades a través del diálogo, su naturaleza se inclina a lo brutal y a lo poco compasivo. El contexto conflictivo en la Alemania nazi es bien descrito por Neitzel & Welzer (2012) como perteneciente a una nación que externa e internamente fue reconocida como una completa máquina de guerra. Reconocimiento en parte merecido al ver -por ejemplo- a jóvenes, amas de casa, profesionales de todo tipo, obreros, educadores y un sinnúmero de ciudadanos corrientes prestando sus servicios y energías a un poder que se proponía la aniquilación a como diera lugar de sus enemigos.

Pero es que, ya sea por temor o por creencia, toda persona alemana estaba en la “obligación” y disponibilidad a la maquinaria Nazi:

[Todos que los miembros de la policía de orden público podían] ser supervisores de un gueto o de un transporte ferroviario. A todos los juristas de la Oficina Central de Seguridad del Reich les podía corresponder asumir la dirección de un grupo de intervención de las SS. A todo experto en finanzas de la Oficina Central de Economía y Administración se lo consideraba un candidato natural a prestar servicio en los campos de exterminio. En otras palabras, todas las operaciones necesarias se llevan a término con el personal disponible en ese momento. Cada vez que se procura distinguir con claridad quién participó de forma activa, se constata que la maquinaria de exterminio representa siempre una muestra llamativamente representativa de la población alemana. (Cit. En: Neitzel & Welzer., 2012, pág. 28)

⁵⁵ (1998, pág. 57)

Los soldados, por otra parte, entregados enteramente a la pasión provocada por los discursos del Führer y a una vida militar con campos de libertad reducidos solo a su posición jerárquica, no pasaban de ser “armas con las que lidiar la guerra”. Pero no por ello tienen excusa y están libres de culpa. En ningún caso a los alemanes los exonera el contexto, pues cada quien es responsable en algún nivel, incluso en su libertad interior, que les brindaba el compromiso de elegir qué hacer. Ya sea por temor o por creencia, la responsabilidad y la culpa en toda la población alemana se iba homogenizando cada que el poder Nazi hacía efectivo sus planes, aunque claramente no toda Alemania hizo parte directa del exterminio. Solo bastaba con saber lo que sucedía en términos generales para que los mismos lazos patriotas que los convertían en representantes o representados por el nacionalsocialismo les hiciera extensiva la responsabilidad de los efectos de la guerra, no en términos criminales directos, sino políticos, morales y metafísicos. Es necesario entonces en este punto, explicar en qué consiste cada uno de aquellos términos o estadios, entendidos desde Karl Jaspers en su libro *El Problema de la Culpa* (1998). Empecemos, pues, por la culpa criminal. Esta es perfectamente reconocible en hechos evidenciables. Hay leyes objetivas inequívocas que, al ser desobedecidas, se incurre en crimen. Pasan todos los días en las noticias: asesinatos, secuestros, robos, peleas, etcétera. Su situación de culpabilidad es reconocida por una tercera parte que imparte justicia, llamada tribunal. No es necesario que el criminal se reconozca a sí mismo como culpable; si el tribunal tiene las pruebas suficientes para demostrarlo y posteriormente juzgarlo según merezca de acuerdo a la ley, se impartirá un castigo por su falta. Es por lo tanto, un juicio justo.

La culpa política hace extensiva la responsabilidad no a uno o varios sujetos en particular, sino al mismo Estado y sus ciudadanos. Al Estado, por ser despótico y por cometer crímenes mientras sostenía el poder, que regularmente son violaciones a los Derechos Humanos; y a los ciudadanos por permitir un gobierno de ese tipo, ya sea incluso por votar a favor de él o simplemente por abstenerse de hacerlo. Pues “cada persona es responsable de cómo sea gobernada” (Jaspers, K. 1998, Pág. 53). Aquí la instancia en la que se define la responsabilidad pertenece a quien ostente el poder, luego de un conflicto o arreglo por él. Como consecuencia, el castigo puede ser la pérdida de poderes políticos, la exportación, la aniquilación o lo que el vencedor considere conveniente, haciendo uso de una inteligencia política que piense en posteriores consecuencias. Se puede tener como principio el Derecho natural o el Derecho Internacional Humanitario.

La culpa moral es de alcance individual y a conciencia, pero con efectos positivos en el mundo. “Siempre que realizo acciones como individuo tengo, sin embargo, responsabilidad moral” (Jaspers, K. 1998, Pág. 53). Esto incluye naturalmente a individuos en contextos políticos y militares que han sido móviles de un crimen humano. La instancia en la que se define la responsabilidad es por tanto la misma conciencia, o en su defecto, un amigo o allegado a través de la comunicación y el diálogo, con intereses bienintencionados por la conciencia del infractor. No existe

un castigo para este tipo de culpa que sea externo y objetivo. Todo deviene de la conciencia y se resuelve en ella. Por tanto, lo que se busca es el “*arrepentimiento y la renovación*”. Que un criminal sea absuelto, por ejemplo, de su responsabilidad por falta de pruebas, por amnistía o por indulto, no es por esto absuelto de la responsabilidad moral, si no ha alcanzado el grado de arrepentimiento y renovación suficientes.

Por último, todos tenemos parte de la culpa metafísica. Cada que pasa algo malo en el mundo nos hacemos automáticamente responsables de ello. Especialmente de lo que sucede en nuestra presencia y que pudimos hacer algo para evitarlo. Si el acto de maldad es tal que nos es casi imposible evitarlo, entonces se debe estar dispuesto incluso a sacrificar la propia vida, sin que ello signifique necesariamente que se pueda evitar dicho acto. Simplemente es partir del principio de solidaridad entre los hombres que nos hace a todos responsables por todos. Todos nos debemos solidaridad. El castigo es la condena de por vida que se puede ver ante el espejo y frente a los ojos de los otros, de que se pudo hacer algo para evitar un crimen, y no se hizo. Esto trae consigo una vergüenza interior y una disminución del valor moral propio.

II

¿En qué sentido nosotros como colombianos podemos compartir la culpa y la responsabilidad —si es que la compartimos— según la entiende Karl Jaspers? Pues bien, la condición de guerra entre los hombres nos ha sido evidentes por los últimos 50 años por cuenta de las guerrillas, paramilitares, narcotraficantes y poderes militares estatales bajo políticas no tan afortunadas para el pueblo. Rodolfo Arango nos ayudará a entender este contexto de crisis colombiano a partir de tres factores fundamentales: uno económico, otro político y el último cultural.

En términos de lo económico, el 18% de los ingresos fiscales en Colombia provienen de los productos no renovables⁵⁶. Esto significa que se requieren menos mano de obra e industria, con el atenuante de que las carreteras nacionales no están preparadas aún para una actividad industrial más dinámica. Esto se debe en parte a la crisis del conflicto político de mitad de siglo pasado y el conflicto armado de los 90’s, que no han permitido el avance en términos de comunicación vial y mediática —que pareció tener un progreso lento pero seguro luego de la recesión económica del 1985. Además, la falta de inversión nacional y de consumo ha contribuido a la desaceleración en el progreso económico de Colombia en relación con los mercados internacionales. Externamente, el crecimiento casi maravilloso de China y otros países emergentes para el cambio de siglo brindaron cierta estabilidad internacional, pero difícil de sostener por mucho tiempo: para el 2015 su desaceleración hace prender las alarmas mundiales hacia una posible crisis económica. La cada vez mayor dependencia

⁵⁶ (Redacción E. t., 2015) (A)

de Colombia al petróleo la ponen a la deriva del cambiante de los mercados mundiales, muchas veces con impacto negativos en la población y en el capital (Redacción E. t., 2015, (B)) Por otra parte, algunos sectores económicos parecen entrar en desventaja, cada que se firma un nuevo tratado de libre comercio con otros países, al no estar lo suficientemente preparados para la competición.

En cuanto al factor político, las extremas reacciones entre partidos de las décadas de los 40's y 50's, tuvieron efectos serios en la vida social de la nación, posibilitando posteriormente la conformación de guerrillas, paramilitares y bandas criminales basadas principalmente en el narcotráfico. La cada vez menos aceptable imagen de los representantes en las cortes y en los congresos, y de unas políticas que no representan la mayoría de la población, insinúan un déficit de legitimidad del Estado, que hacen oscurecer el panorama y verlo como interminable, débil y de poco confiar (Arango, R. 2002, Pág. 18). Como consecuencia del entramado económico-político de todos estos años, actualmente contamos con 30.7 % de pobres en Colombia que sobreviven con menos de 2 mil pesos diarios (Redacción E. t., 2015, (B)), y con 9.1 % de desempleados para el 2014 según lo informa el DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística).

En términos culturales, que es el orbe en que confluye todo, se siente la crisis en grados de desconfianza y desánimo. Parece como si ya fuera parte del ser colombiano, la corrupción y la idea de que todo va a estar mal y no puede mejorar. Esto puede ser evidente desde los niveles de corrupción en las altas esferas políticas colombianas; en la cada vez menos admirable imagen de nuestros representantes políticos y en políticas públicas cada vez más alejadas al bienestar común. Además, como consecuencia del conflicto armado y de las pocas opciones de buena economía en el campo, contamos actualmente con cerca de seis millones y medio de desplazados (semejantes en número a los pobladores de las ciudades de Cali, Medellín y Barranquilla), Solo hasta el 2004 se empezó a crear una política para víctimas de la violencia bajo una unidad única, que desde el 1997 estaba sólo en iniciativa (Toro, J.J. 2015)

III

Nuestro contexto de conflicto parece paradójico. Mientras en algunas zonas del país no se puede ni salir a la calle por miedo a ser alcanzado por un proyectil, en otras, solo sabemos que estamos en guerra por las noticias. Nuestra relación con el conflicto es a través de los medios de comunicación. Sin embargo, es relativamente común ver desplazados en todas las ciudades víctimas directas del conflicto; es también común escuchar inconformismo y desconfianza con el gobierno por parte de la mayoría de ciudadanos, por su, en ocasiones, falta de firmeza contra la injusticia; es común ver huelgas en muchas de las ciudades, desesperados de las malas políticas administrativas estatales. ¿Qué sucede entonces? ¿Por qué no hacemos nada? ¿Nos duele poco Colombia, su largo conflicto y sus casi 7 millones de desplazados?

Los diálogos que se adelantan en la Habana pueden ofrecer una oportunidad para empezar a cambiar la mentalidad de los colombianos y posteriormente librarnos de un juicio de las generaciones venideras que nos haga culpables de la crisis colombiana. Pero solo puede efectuarse positivamente si todos nos involucramos en ello. Creo que esto se puede lograr desde dos ámbitos fundamentales. Primero, desde la propuesta adelantada por Rodolfo Arango hacía una responsabilidad colectiva con miras a fortalecer la democracia, y, segundo, desde cómo puede ser posible contextualmente una responsabilidad metafísica que nos incite a actuar ahora.

En Arango, hay seis factores claves para lograr una democratización positiva en la sociedad. El primero es que para proyectarnos en el futuro es necesario no perder el pasado; tener memoria de nuestra historia para superarla críticamente. Seguramente vamos a encontrar muchos casos vergonzosos en nuestra cultura: “se trata de un pasado en el que están presentes la negación del otro, la arbitrariedad y la injusticia” dice Arango (2002, Pág. 29). Pero ser conscientes de ello para superarlo con toda seriedad, hará que reconozcamos la colectividad como una salida mutua a una historia de no repetir. Lo que sigue será confrontar nuestra doble moral, la cultura del “avivato”. Sin ella se verá superado el racismo, la indiferencia por los otros, la desigualdad social, la corrupción y la violencia. Sin ella habrá una oportunidad de crear lazos mutuos entre todas las personas. Tercero, entender los conceptos de solidaridad y dignidad a través de una indemnización general de las víctimas del conflicto. Pero ella solo debería ser posible desde la economía de todos los hogares. De esta forma se sentirá real a todos la nueva sociedad.

Pero nada de esto tendrá sentido si no se hace una reforma al sistema educativo. Así se abrirá paso al largo proceso de reconstrucción, involucrando a la población en general y con igualdad de condiciones. Arango añade que “no nos debería asombrar el alto nivel de deshumanización y barbarie en nuestro país frente a las cifras de escolaridad que actualmente arroja Colombia” (2002, Pág. 31). Una sociedad educada ofrece muchas más posibilidades para superación de culturas negativas. En quinto lugar, la lucha contra la pobreza sería el aporte más importante al modelo económico y de desarrollo. Aquí se pueden ver integrados otros países periféricos como parte de una política interestatal de superación de la inequidad y desigualdad. Por último: paciencia. Lograr una sociedad más democrática y responsable del otro requiere de grandes esfuerzos y de buen tiempo. Requiere además que todos estemos involucrados y educados moralmente para luchar contra las injusticias y defender los derechos humanos.

Pero incluso si toda esta estructura social y política de responsabilidad colectiva llegase a ser efectiva, eso no nos libraría del todo de la culpa de la crisis colombiana ante nosotros mismos, los otros, en el presente y en el futuro. Incluso la culpa moral se encuentra determinada por nuestras vivencias culturales y por nuestra naturaleza. En una situación determinada, la moral va a exigir la preservación de nuestros principios particulares y no lo que carece en el mundo y

le urge como necesidad: su liberación total de la culpa, que parecemos tener por el hecho de ser hombres.

Hay en cada uno de nosotros una culpa que deviene de nuestro interior y que nos avergüenza con nosotros mismos y los demás. Cuando el principio de solidaridad entre los hombres, en tanto hombres, se ha roto, entonces somos culpables metafísicamente. Nuestro ánimo nos acusa de lo que pudimos hacer y no hicimos. Perdemos valor para nosotros mismos y quedamos en deuda con los estrechos lazos que deberían unirnos a todos en calidad de hombres, por el solo hecho de serlo. Sentir lo más cercano posible qué es ser un desplazado, un campesino mutilado por una mina, un afro-descendiente o un indígena cuando es discriminado, un padre impotente que no puede alimentar a sus hijos, quizá nos haga sentir lo responsables que somos de que todo esto acaezca en el mundo y que no hagamos nada. Entonces las generaciones venideras en una sociedad justa tienen el permiso de vernos con desprecio.

Sin embargo es utópico creer que todo el mundo estará en paz. Por lo tanto, siempre vamos a ser culpables como mínimo metafísicamente. Nunca vamos a llegar a ser “ángeles”, según sugiere Jaspers a quien se libere de este tipo de culpa. Pero esto no quiere decir que por ello se deban abandonar los principios de justicia, igualdad, equidad, solidaridad, etc. No importa cuál sea el fin de nuestros esfuerzos, siempre se debe actuar por una colectividad en la cual nos podamos reconocer como verdaderos contribuyentes culturales. El resultado será una tranquilidad y una renovación interior que nos permita ver un mundo diferente.

No importa qué tan irreales puedan parecer estas premisas, y por ello poco apetecibles de seguir, siempre habrá opciones. Una más de ellas es: sea egoísta. Si no se quiere que el fin de todas estas acciones sea librar la colectividad de la culpa y la responsabilidad, entonces se puede hacer por uno mismo, por nuestra propia conciencia. La culpa metafísica es la última instancia en la que somos culpables, y la que nos va a condenar y a hacer sentir avergonzados de por vida e interiormente por no actuar. Por eso, para que esa intranquilidad no nos invada, entonces debemos ayudar a reconstruir la sociedad para estar bien nosotros. Si la colectividad está bien, nos podemos beneficiar de ella. Si hay unas políticas estatales que nos están perjudicando, entonces debemos hacer algo para tratar de cambiarlas y que así cambie mi situación por una mejor. Si hay un niño vendedor en un bus que nos estorba, entonces pongámoslo donde debe estar: en el colegio o divirtiéndose.

Referencias.

- ARANGO, R. (2002). *La responsabilidad colectiva ante la crisis moral y política colombiana*. En R. S. Mejía, & A. Gómez-muller, *La filosofía y la crisis colombiana* (págs. 11-32). Bogotá: Taurus.
- JASPERS, K. (1998). *El problema de la culpa*. Barcelona: Paidós.
- REDACCIÓN, E. T. (A) (2015). *Crecimiento económico del país será de 3,4 %*: Cepal. *Portafolio*.
- REDACCIÓN, E. t. (B) (2015). *La economía del país empieza a desacelerarse*. *Portafolio*.
- SHARMA, R. (2013). *Paises Emergentes*. Bogotá: Aguilar.
- TORO, J. J. (15 de octubre de 2015). *¿Nos duele poco tener más de seis millones de desplazados?* Obtenido de ¡Pacifista!: <http://pacifista.co/nos-duele-poco-tener-mas-de-seis-millones-de-desplazados/>
- WELZER, S. N. (2012). *Los Soldados del tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen*. Barcelona: Crítica. .